

EL PICO CENTRAL DE LA MEIJE

Luis Alejos

Alejos'ek Alpetara egindako zorioneko ibilaldi baten agerpena, ematen diogu. Euskal Herritik dijoaztenak gutxitan zapaltzen dituzten lekuetan barrena ibilia dugun gure laguna. Eta izan, mendi hauek ikusgarriak dira. Nonbait bein ezagutu eta bigarrenik utzi ezin litezkenak.

Consideraciones previas

Digamos ante todo que el Pico Central de la Meije no es la cima más elevada ni la más significativa de esta legendaria montaña alpina. Todas sus cumbres presentan dificultades que van en aumento de E. a O., culminando en el Gran Pico (3.983 m.) que sobrepasa al Central (3.974 m.) en nueve metros de altitud.

La Meije de las postales, la que es posible contemplar ascendiendo el collado de Lautaret y en particular desde La Grave es, por supuesto, el Gran Pico con su impresionante cara N. emergiendo de los glaciares. Sin embargo, no son las vías de esta vertiente las que le dan renombre, sino una de las de la cara opuesta, precisamente la menos difícil de todas, completada con la travesía de su agudo cresterío.

Me refiero a la arista du Promontoire, el inconfundible contrafuerte que emerge de esa formidable muralla rocosa, casi desprovista de nieve, que constituye la cara S. de la Meije. Esta vía, visible y accesible recorriendo una tortuosa carretera de montaña que finaliza en La Béarde (1.738 m.), sin ser muy difícil, supone una ascensión de envergadura cuando, como

es habitual, se completa recorriendo las crestas afiladas y recortadas hasta el Pico Central precisamente.

La célebre travesía parte del refugio du Promontoire (3.092 m.) que, aunque cause asombro, está situado sobre la arista del mismo nombre; concluye en el refugio del Aigle (3.441 m.) que semeja precisamente eso, un águila altiva posada al acecho de las cumbres. Este refugio es el más alto y pintoresco del macizo de les Ecrins y por lo que acabo de decir es más un final de etapa que un punto de partida.

Para acabar los preámbulos. Nuestro objetivo era pasar una noche en el refugio del Aigle a fin de ir aclimatándonos a ascensiones de 4.000 m., si el tiempo, nuestras facultades y otras circunstancias lo permitían. Naturalmente también teníamos previsto hacer una cumbre, que no era precisamente el Pico Central, sino la Meije Oriental (3.890 m.) que por su arista NE. reúne las características más habituales de las ascensiones alpinas por sus vías normales: crestas agudas y empinadas sin excesivas dificultades.



Desde la Grande Ruine cara S. de la Meije. De izquierda a derecha son perfectamente visibles el Gran Pico, el Central y el Oriental. Más próximos aparecen el Pavé y el Pico Gaspar (Foto L. Alejos).

La subida al refugio

Descendimos del coche a las tres y media de la tarde, tras haber recorrido más de 1.000 km. y pasado una noche sin apenas dormir, aguijoneados por los mosquitos, en un área de descanso de una ruidosa autopista. En tales condiciones nos colocamos la mochila al hombro para superar, por rocas y neveros, un desnivel de casi 1.800 m., para llegar antes de que anocheciese a un refugio que nos era desconocido.

Cuando se dispone de poco tiempo, no aprovechar unas horas puede suponer perder todo un día. A nosotros este necio planteamiento únicamente nos supuso llegar al refugio considerablemente fatigados, pero en ocasiones suele tener funestas consecuencias. Lo lógico habría sido descansar esa tarde.

El itinerario para ascender al refugio del Aigle es inconfundible salvo, claro está, en las zonas de nieve, aunque normalmente las huellas son perfectamente visibles. El punto de partida es un paraje denominado Pied du Col (1.660 m.). Se alcanza desde Villar de Arène, situado en la ladera del col de Lautaret en

dirección a Briançon. Nada más atravesar el citado pueblecillo, a la derecha, en una curva, aparece una estrecha carretera que desciende a un verde valle atravesado por la Romanche; es ese río torrencial que junto a la carretera viene descendiendo el puerto. La carreterucha se bifurca, pero orientándose por el río es fácil dar con un puente de madera, fuera ya de terreno asfaltado. Este es el lugar apropiado para aparcar.

Nada más atravesar el puente aparece un cartel, indica que la senda que hay junto a él conduce al refugio del Aigle. No señala horario, pero ya teníamos la referencia de que se viene a tardar entre cuatro horas y media y seis y media. Desde este mismo punto, elevando la vista a lo alto de la empinada ladera que aparece enfrente, es posible observar el zigzagueante ascenso del empinado sendero.

Poco a poco, los árboles y las casas se van haciendo más pequeños; es señal de que estamos ganando altura. Al cabo de una hora, el camino, en ocasiones bastante pedregoso, da un breve rodeo al tiempo que atraviesa un lugar herboso casi llano (2.200 m.). Vuelve a



Panorámica desde el Col de Lautaret: vertiente N.E. del Pico Gaspar, Pavé y Meije. A la derecha en primer plano el Bec del Homme, por esa ladera discurre el sendero de acceso al refugio (Foto L. Alejos).

empinarse para alcanzar, bordeando un arroyo, una especie de horcada situada a unos 2.300 m. Tenemos a la vista la parte de la ascensión que falta para alcanzar la cota de los 3.000 m.: una zona rocosa, un enorme nevero partido en dos por una corta pared y en lo alto un collado.

A las dos horas de marcha alcanzamos la base del gran nevero (2.500 m. aproximadamente) situado bajo el Bec del Homme (3.454 m.). La nieve estaba en buenas condiciones, pero la pendiente era fuerte y la mochila empezaba a pesar.

Efectuando amplio zig-zags superamos en 45 minutos la parte inferior del nevero; el sendero aparece de nuevo en la zona rocosa que hay que atravesar para alcanzar su parte superior. El avance es cada vez más lento, aunque ininterrumpido, que es lo fundamental. A las cuatro horas y cuarto alcanzamos la horcada denominada Col du Bec (3.065 m.) dando vista al glaciar de Tabuchet y la Meije.

Esta pequeña horcada forma parte de la arista del Bec del Homme. Por ella se eleva el sendero, siempre por la vertiente de Villar

de Arène hasta que, al cabo de un rato, un mojón indica el lugar en que hay que pasar a la opuesta para descender al glaciar.

El tramo siguiente es bastante delicado, sobre todo en su parte inferior. El camino está equipado con cables, pero abajo las grandes grietas abren sus fauces desafiantes. Nada más entrar en el glaciar hay un trecho en que el hielo aflora a la superficie, en seguida es preciso superar una grieta utilizando la escalera de madera instalada al efecto. En fin, pequeños contratiempos que hacen recomendable la utilización de cuerda y crampones. Como suele ser habitual, a nosotros se nos ocurrió pensarlo cuando ya no era imprescindible.

Después el glaciar está perfectamente cubierto de nieve y la pendiente es suave. El refugio estaba cerca, pero saberlo no nos daba ánimos para avanzar con mayor rapidez. Apareció de forma inesperada tras una de las rocas desgajadas del Bec del Homme. Eran las 9, el sol ya se había ocultado pero se veía perfectamente; una espléndida luna llena le reemplazaba. Habíamos tardado cinco horas y media en

superar los 1.870 m. que nos separaban del valle; no estaba mal a pesar de todo.

Evidentemente éramos los últimos en llegar al refugio y aunque estaba a tope conseguimos una colchoneta para tumbarnos en el suelo. En los alrededores no hay agua, por lo que hay que pedirse la al guarda. Por pasar la noche pagamos 11 francos, unas 180 pesetas.

La ascensión

Hacia las 5 de la mañana nos pusimos en marcha menos de la mitad de los que habíamos pernoctado en el refugio; el resto volvía de la travesía de La Meije. Nada más salir nos colocamos los crampones; no necesitábamos linterna para caminar, la luz de la luna era suficiente y pronto llegó el relevo del sol.

El cielo estaba completamente despejado, pero hacía mucho viento. Al cabo de tres cuartos de hora, nada más superar una fuerte pendiente que permite alcanzar un pequeño rellano del glaciar, pensamos que en aquellas condiciones remontar una arista no es la elección más afortunada. Lo comprobamos al observar la lentitud con que avanzaba una cordada que ya había enfilado la cresta.

Otras dos cordadas habían optado por el Pico Central y hacia él dirigimos también nosotros los pasos. Aparentemente la dificultad no resulta excesiva: una fuerte pendiente de nieve atravesada por una extensa grieta con huellas en dos lugares diferentes y al final una corta muralla rocosa.

Así que en vez de girar en dirección E. nos dirigimos directamente al N. Para llegar a la base tuvimos que superar aún otra buena pendiente; mientras ascendíamos lentamente en zig-zag la Tête des Corridors, es decir, la Cabeza de los Corredores, contemplábamos las maniobras de las dos cordadas que estaban más arriba. Ambas se habían dirigido a las huellas de la izquierda a pesar de que el otro itinerario era más directo y parecía más despejado de rocas. Supusimos con acierto que era debido a que el puente de nieve de la grieta se había roto.

La primera cordada empleó largo rato en pasar de la nieve a las rocas. ¿Habría hielo? Efectivamente. Proseguimos avanzando; cruzamos la grieta sin contratiempo alguno, ascendimos la fuerte pendiente con comodidad y rapi-

dez utilizando las huellas como escalera. Al llegar a la primera roca una clavija nos advertía la proximidad del hielo; hasta la siguiente no había más que cinco metros, pero ciertamente se trataba de un paso delicado y nuestros crampones no tenían puntas delanteras.

Montamos un buen seguro y adelante; los crampones chirriaban, el piolet únicamente servía para arañar el hielo pero, bueno, una vez tocar la roca y subirse a pulso sobre ella lo peor había pasado. Unos metros más y estábamos sobre la cresta, en una horcada, a unos 3.900 m. de altitud, dando vista a la vertiente de La Béarde, sobre el glaciar de Tabuchet y el des Etançons. Desde el refugio habíamos tardado unas dos horas y media.

Una corta travesía, fácil pero extraordinariamente aérea, nos permitió alcanzar una minúscula horcada al pie del formidable torreón, extraplomado hacia el S., que forma el Pico Central de la Meije.

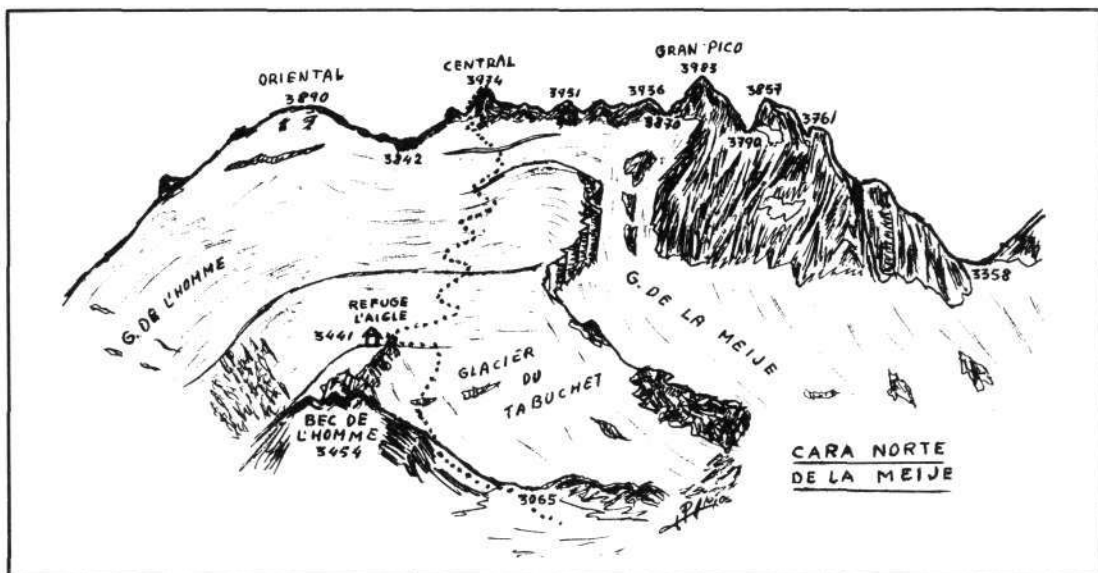
Hacia rato que mi compañero no se encontraba bien, por lo que al tropezar allí con la segunda cordada desistió de continuar, después de que los franceses aceptasen que yo prosiguiese con ellos.

La trepada fue bastante fácil, rápida, segura y divertida. Son unos 70 m. que se superan en tres largos de cuerda. El primero, el que mayores dificultades técnicas ofrece, aunque no sean considerables, discurre todo derecho por un diedro muy abierto de piedra sólida y agarres poco relevantes pero seguros; concluye en una buena reunión con clavija y lazos.

El segundo consiste en desplazarse hacia la izquierda para evitar un techo sobre el diedro, alcanzar la arista, subir unos metros por ella disponiendo de formidables puntos de apoyo y volver a la pared hasta un cómodo rellano. Aquí no hace falta clavija para asegurar.

El tercero empieza por un corto corredor, poco inclinado, después diversas opciones permiten alcanzar la afilada y casi llana cima. Subimos en media hora, o sea, tres horas desde el refugio. Al llegar nosotros empezó a descender la primera cordada.

Allí arriba la sensación imperante es la vertiginosidad; téngase en cuenta que la cumbre está desplazada del resto del cresterio, formando un balcón sobre la cara S. Esa particularidad facilita el ascenso por la ladera N.



La visión más emocionante es sin duda la que ofrece la propia Meije: los impresionantes glaciares y el minúsculo refugio del Aigle en la cara N.; la verticalidad e incluso el extraplomo hacia el S., con el refugio du Promontoire posado encima de la arista. Mirando hacia el O. se admira la travesía completa de las sinuosas crestas; sobre ellas cabalgaba una cordada.

En dirección E. prosigue el cresterío aunque no forma parte de la vía clásica; queda aún una cima significativa, el Pico Oriental, el único con la cumbre de nieve. De él parte el cordal que

Croquis y mapa del autor.

une la Meije al Pavé (3824 m.) y al Pico Gaspar (3883 m.). Los tres constituyen otra importante travesía con punto de partida en el refugio del Aigle.

Además de otras cumbres significativas, hacia el S. emerge sobre todas las cimas de los alrededores la Barre des Ecrins (4.102 m.) que es la cota máxima y el único 4.000 m., junto con el Dôme de Neige des Ecrins (4.015 m.), del macizo que lleva su nombre.

El descenso, que es el mismo que el de la travesía de La Meije, fue bastante rápido. En el último largo, el primero de la subida, se suele montar un rappel, pero lo hicimos destreando.

La zona de hielo y la fuerte pendiente de nieve hasta casi la grieta, es decir, las mayores dificultades de la ascensión, las evitamos mediante dos rappels. Después un paseo hasta el refugio; bajamos en hora y media.

Un corto descanso y estábamos en condiciones de afrontar la incómoda tarea de tener que descender de nuevo al valle por el mismo itinerario del día anterior: el glaciar de Tabuchet con sus grietas y su escalera, la arista del Bec del Homme... Descendimos los neveros deslizándonos y en los zig-zags utilizamos atajos, lo cual nos permitió estar abajo en tres horas escasas.

Ascensión realizada por Luis Alejos e Iñaki Cortázar, el 8 de agosto de 1979.